

Espíritu de la Liturgia

¿Quién es el Romano Guardini?

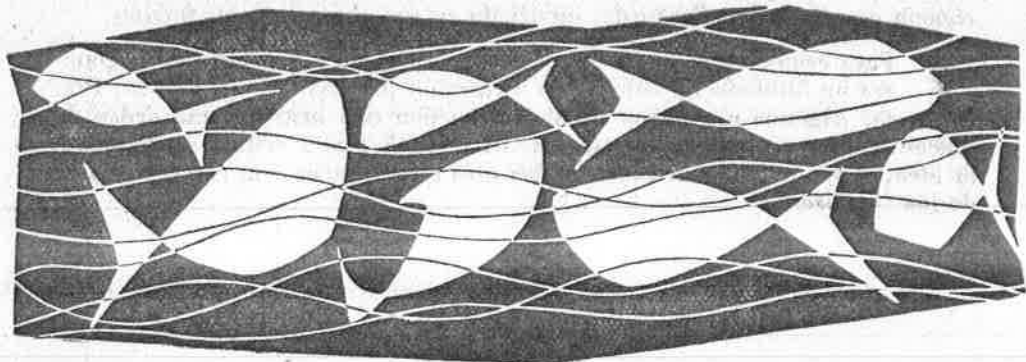
No hay probablemente en el mundo intelectual católico contemporáneo ni cinco figuras cuya irradiación ideológica haya tenido simultáneamente tanta profundidad con tanta aceptación en tan amplio círculo.

Guardini es un alemán de familia italiana; un veronés transplantado a la renana Maguncia, educado universitariamente en Munich y Berlín, sacerdote y teólogo en Tubinga y Friburgo, párroco en Worms, catedrático de Teología en Bonn y de Filosofía (Katholische Weltanschauung) en Berlín, y en todas partes gran pensador y escritor de producción densa y polifacética en el ámbito religioso.

Guardini sería un teólogo sistemático, nombre de aula y estudio, si la agilidad, vibración y juventud proselitista de su temperamento meridional no le hubieran llevado a invadir los espíritus elevados de cualquier sector extraescolar. Sería un ensayista, si su inalterable y sereno amor a las verdades objetivas no regulara las excursiones audaces de su mentalidad comprensiva y abierta.

Moviéndose en esa zona difícil de difusión del pensamiento religioso, que equidista de la pura especulación investigadora y del kerygma pragmático o predicación, el alto estilo de Guardini ha sabido conservar el tono adecuado para convertir a su autor en un promotor auténtico e impulsivo, en un caposcuola definido y personal, principalmente dentro del movimiento litúrgico.

Porque la Liturgia representa para él algo más que un campo especializado. Liturgia es para Guardini síntesis y recapitulación, espíritu de oración y de fe, núcleo del catolicismo y centro vitalizador de la visión cristiana. Y no podía ser de otro modo en un filósofo titularmente católico.



NUEVO Y VIEJO

El texto que reproducimos está difícilmente entresacado de la riqueza de una de sus obras fundamentales, "El espíritu de la Liturgia" que sirvió de faro orientador a los afanes religiosos de la desanimada juventud alemana en la primera postguerra. Analiza el hondo sentido comunitario que alienta en la acción litúrgica y que es tal vez el mayor obstáculo que para la solidaridad auténticamente cristiana encuentra nuestro temperamento individualista y disgregador (1).

No es el individuo el sujeto de la Liturgia, sino la Comunidad, la masa de los creyentes. Lo que constituye la colectividad no es la suma numérica de los congregados en el tiempo y en el espacio, dentro de un recinto o santuario, como tampoco una determinada comunidad dentro de un convento. La colectividad de que aquí se trata rebasa los términos de un espacio confinado y abarca en su radio de acción a todos los creyentes del mundo; e igualmente desborda los límites del tiempo, pues la comunidad orante, en peregrinación por este mundo visible, está unida con estrechos vínculos a la comunidad triunfante de la Gloria, para la que el tiempo no existe. Sin embargo, este concepto abarcador de universalidad no aclara ni determina con la precisión requerida la idea de Comunidad litúrgica. Pues el Yo de la Liturgia, el sujeto que actúa en la oración litúrgica, no es tampoco la escueta totalidad de seres hermanados en la misma fe: lo será, sí, la totalidad de los creyentes, pero sólo en cuanto constituyen unidad orgánica que en cuanto tal, es independiente de la multitud de individuos que la integran: el sujeto, el Yo de esa comunidad es en una palabra, la Iglesia.

Hay momentos ocasionales en la vida en que el creyente, aislado, se da cuenta cabal de esta unidad perfecta de la que él forma parte integrante; uno de estos momentos nos lo ofrece la Liturgia.

En la vida litúrgica el individuo no se sitúa ante Dios como un ser aislado, independiente, sino como un elemento, un factor constitutivo de esa gran unidad de que venimos hablando. Quien se dirige a Dios es la unidad, la colectividad: el creyente no hace más que prestar su colaboración, y por eso se le exige que se dé perfecta cuenta de su calidad de miembro integrante, y por lo tanto de su responsabilidad.

En la zona litúrgica es donde más intensa y eficazmente se experimenta y vive la comunión con la Iglesia. Si el creyente vive de hecho y con plena actividad esa vida litúrgica, entonces es cuando tiene conciencia de que ruega y obra en nombre y por virtud de la Iglesia, como miembro suyo que es, y a su vez, de que ésta actúa y ora en él; de ahí esa solidaridad íntima con todos sus hermanos en la fe, del mundo entero, y su concordia y fraternidad con ellos, al considerarse inmerso en el seno de esa gran Unidad universal.

Al arribar a esta conclusión se nos plantea en toda su agudeza una seria dificultad de orden general que afecta a las relaciones existentes entre el individuo y la comunidad.

El concepto de comunidad espiritual requiere o presupone, como el de cualquiera otra colectividad, una doble concesión. En primer lugar un

(1) Dr. ROMANO GUARDINI, *El espíritu de la Liturgia*, trad. e introd. del P. Félix García, Agustino. Casa Editorial Araluce, Barcelona, 1933.

sacrificio; porque el individuo debe renunciar, en la proporción que le corresponde como miembro de la comunidad, a cuanto implique egoísmo, es decir, a lo que tenga un carácter personal con exclusión de los demás miembros. El individuo debe despojarse de sí mismo y sacrificar una porción de su autonomía e independencia, para que le sea posible la vida colectiva.

Y en segundo lugar se requiere una cooperación actuante y positiva. Es decir, que se exige de él que ensanche la perspectiva de su vida, que dilate su corazón y posponiendo su interés individual considere como propios y afirme y sienta como suyos los intereses y actividades de la comunidad.

Y en esto cabalmente está la piedra de toque, el gran obstáculo para el hombre contemporáneo, que con tanto dolor y dificultad renuncia a la autonomía de su yo, y que, no obstante estar siempre propicio a engranar dócilmente sus actividades dentro del complejo mecanismo de la Economía y de la Política, y ser un escrupuloso y rendido servidor de la soberanía del Estado, rechaza y elude con tanta insurgencia como puntillosa susceptibilidad, en el dominio de la vida interior, toda ley o imposición que roce las exigencias inmediatas de su propia vida espiritual. Dicho en términos más concretos y rotundos: lo que la Liturgia exige es *humildad*. Humildad en su aspecto de renuncia a la propia personalidad, de sacrificio de su soberanía, y en su concepto de acción o prestación, que consiste en que el individuo acepte voluntariamente toda una vida espiritual que se le ofrece fuera de él y que sobrepasa los estrechos confines de su propia vida.

Lo que se exige imperativamente es derribar esas barreras que nuestra sensibilidad excesiva levanta con tanto denuedo en torno de la propia vida espiritual: salir de nosotros mismos e ir al encuentro de los demás, para, unidos con ellos, vivir la verdadera fraternidad y convivencia espiritual humana. Es como un engranaje completo y difícil del yo en el nosotros, pero que hay que aceptar con resignada sumisión.

El *nosotros*, que antes utilizábamos, era la expresión de una realidad objetiva; pero ahora ya esta palabra se enriquece de contenido, e indica que el que la pronuncia extiende a los demás el sentimiento de su propia vida; inserta y engrana a los demás en el concepto de su propia individualidad. Antes la dificultad estribaba en sofrenar el orgullo, la rebeldía personal, con sus apetencias de soberanía y de dominio; en rendir ese mezquino e infértil sentimiento de su personalidad, que se subleva insurgente, la consideración de tener que aceptar como campo propio de su actividad ese complejo y dilatado mundo en el que rigen los fines espirituales de los demás hombres; ahora lo que se nos preceptúa e impone es el vencimiento de nuestro orgullo y de la natural repugnancia a abrir nuestro corazón a otras vidas extrañas y personales; el sobreponerse a la violencia que cuesta descubrir la propia intimidad; a ese instintivo horror de franquearse, de abatir ese aristocratismo o espíritu de selección individualista, que sólo se siente a su placer con aquellos que el gusto o el capricho escogen. Lo que la Liturgia nos exige en una palabra, al llegar a estas alturas, es la abnegada renuncia de nosotros mismos; un constante salir de sí mismo para penetrarse con la colectividad; un generoso y comprensivo amor de caridad siempre dispuesto a la entrega y al sacrificio, en la participación comunicativa de la vida con sus semejantes".